

SOLO QUEDA SALTAR

MARÍA ROSA LOJO

loqueleo

PARTE 1

Cuaderno de Celia
1948

Escapo cuesta arriba, por el camino empinado que lleva a la finca de Meirelles. La noche sube conmigo, tapándome de sombra. Las espinas del tojo me azotan las pantorrillas. Desde que Meirelles se ha hecho tan viejo y casi todos los hijos están muertos o presos, nadie corta ya esos arbustos de flor dorada.

Pero no me duelen las espinas, sino el miedo. Sigo corriendo, sin aire, mientras en la mitad del pecho se me clava otro arbus- to de cristales rotos. Algo me empapa los muslos, resbala, cálido, hasta los tobillos. Solo cuando alcanzo las piedras del muro bajo que rodea la finca me atrevo a tocarme. Detrás de mí, todavía lejanos, se oyen los gritos de los hombres que me cazan. Levanto la mano húmeda, la miro a la luz turbia de la luna, la huelo, la pruebo con la punta de mi lengua seca de terror. Es sangre. Pero no la mía. Es la sangre de mi prima Eulalia.

Caigo en una oscuridad blanda, sin espinas ni piedras, mientras alguien me sacude. Cuando abro los ojos hay otra noche y otra luna que se filtra muy leve, a través de cortinas y de postigos. Isolina me está mirando. Me aparta

el pelo con su mano chica. Me refresca la frente con un pañuelo embebido en colonia.

—Celia, Celita —me llama—. ¿Qué es, qué tienes, volvió la pesadilla?

Apenas puedo mover la cabeza. Isolina me pone un almohadón debajo de la nuca. Me da de beber. Con el agua trago las lágrimas, el pánico. Y la vergüenza de que ella sea la que me cuide.

10 Todavía falta para que amanezca. Abrazo a mi hermana, recuesto su cabecita en mi regazo. Si temo, la traiciono. Le acaricio el pelo, siento los brazos que me aprietan hasta que su respiración se hace profunda y yo misma me pierdo en un sueño sin imágenes.

“Escríbelo. Regístralo. Apúntalo. Nadie sabe que dentro de un bloque de mármol hay escondido un cuerpo, una cara, unos ojos que miran los tuyos, hasta que los descubre un escultor. Así es con lo que sientes, con lo que piensas, cuando lo ves escrito”.

11

Esas cosas me dijo mi padre cuando yo tenía los años de Isolina. ¿Llegó a escribir él, en la cárcel, algún cuaderno, algún libro donde esté su retrato hecho de palabras? Solo me quedan cartas. Cartas calladas, casi mudas, porque las revisaban curas, alcaides, policías; cualquiera que supiese leer y que tuviera poder sobre nosotros. Y era mi madre la que explicaba lo que él había ocultado en las cortas frases, que a veces venían trazadas en cartones o en el revés de páginas impresas.

Hasta que también esas cartas mínimas dejaron de llegar, y la voz de papá ya no tuvo trazos visibles y empezó a ser un rumor cada vez más lejano, guardado en la memoria profunda de mi corazón.

12 Golpean a la puerta.

—¡Nenas! ¿Ya despertaron? El señor volvió y las espera abajo.

El “señor” es mi tío Juan. En la casa de mi abuela nadie le decía “señor”. Estaba en una foto que se tomó hace treinta años, antes de embarcarse en Vigo. Allí era un muchacho flaco y fibroso, triste pero casi alegre, porque se iba a la tierra de las manzanas de oro, que solo crecen en los cuentos y que nadie encontraba en los huertos de Galicia.

Mi abuela miraba esa foto y no las que fueron llegando luego. La de la boda de Juan con una muchacha de Ribadeo que conoció en Buenos Aires. La de sus dos niños ya crecidos, en traje de comunión. La de su primer almacén de ramos generales, en Chivilcoy, la ciudad de la pampa donde estamos. Eran las fotos del éxito. La prueba de que el ausente había triunfado. La abuela se las mostraba, a veces, a otras vecinas cuyos hijos no habían marchado tras las manzanas de América y que, para bien y para mal, compartían con ellas la pobreza y las cuidarían hasta el

día de su muerte. Pero en su propio cuarto se veía únicamente esa imagen del hijo mozo, que ella apretaba en silencio, noche a noche, contra su pecho.

La habitación que nos han asignado tiene una cómoda y un ropero alto, de buena madera, con un largo espejo que nos refleja cuando terminamos de vestirnos. Aún no he cumplido los dieciocho y mi hermana no llega a los diez. Sin embargo, parecemos viejas. Dos niñas de luto siempre parecen viejas.

13

La garganta se me aprieta al bajar por las escaleras, llevando a Isolina de la mano. Voy a ver por primera vez a mi tío, el hermano mayor de nuestra madre, que dejará de ser solo una foto.

El tío no fue a buscarnos a Buenos Aires; estaba de viaje, por asuntos de su comercio. Braulio, su empleado de mayor confianza, lo sustituyó. Tampoco estaban nuestros primos para recibirnos. Uno de ellos murió apenas pasada la pubertad, de una enfermedad de la sangre. Su hermano Enrique, mayor que yo, vive lejos, en una región llamada Mendoza, cerca de la cordillera que separa la Argentina de Chile. Braulio nos lo ha contado durante el viaje en el ferrocarril que nos lleva hacia el Oeste, en este país donde cabrían varios del tamaño del nuestro. Aunque no hemos salido de la misma provincia, tardamos varias horas en llegar hasta aquí y tardaríamos aún mucho más en alcanzar sus límites.

Esperamos al tío en la sala, bajo un reloj de pie que da las horas muy despacio. Isolina parece indiferente a los

minutos que se estiran. Mira, curiosa, los dibujos de la alfombra, las patas curvadas de las sillas. Enrolla y desenrolla el lazo de seda de su vestido. Nos hemos puesto lo mejor que tenemos. Como si fuéramos a una misa en la catedral de Santiago de Compostela. Como si no estuviésemos por presentarnos ante nuestro tío, sino ante el más alto funcionario de la oficina que va a concedernos el verdadero pasaporte de entrada a este planeta. ¿Hasta la caridad de la familia impone audiencias a dos huérfanas que vienen desde el fin de la tierra?

14

Un hombre alto, algo cargado de espaldas, está de pronto frente a nosotras, aunque aún no nos mira. Cuando alza por fin la vista y veo en su cara los ojos grises de mi madre, lo sé todo. Ha huido muchos años, ha buscado refugios y parapetos. Los ha construido. Se ha creído a salvo tras las paredes de su casa de altos, bajo la marquesina de ramos generales, dentro de su traje dominguero de buen corte. Pero la fuga ha terminado porque nosotras, gracias a él, o a pesar de él mismo, hemos venido.

Me abre los brazos y me hundo en ellos y lloro por todo lo que no he llorado desde que dejamos Galicia, desde que nos asomamos por última vez al mar furioso sobre las escolleras de Fisterra después de enterrar a nuestros muertos.

Hace calor y la tierra es chata, con muchos árboles, aunque pocos, o ninguno, son naturales del suelo. “El que los quiere, los planta”, dice el tío Juan. Y crecen. Aquí nada viene hecho, pero todo, al parecer, promete y nace.

El brillo de este mundo contrasta con la niebla melancólica que nos vio partir. Salimos con un frío que calaba los huesos, para desembarcar en el verano resplandeciente. El sol y el cielo se ven desde todas partes porque no hay montañas y las casas bajas tampoco lo estorban. Tomadas de la mano, en mitad de la calle, miramos hacia arriba y somos dos muñequitas atrapadas en un globo de cristal luminoso.

El ama que sirve en la casa nos regaña. No está bien que dos niñas, una de ellas ya una señorita, anden solas por la calle a la hora de la siesta. Menos, si llevan luto. Y menos todavía, si son las sobrinas de don Juan.

Así: don Juan, llaman aquí a Juan Lago Liñeiro, Juan, el de la *Casa das Ánimas*, el que fue una vez, según la abuela, *un neno de pernas fracas* que apedreaba lagartos. Así lo saludaron hoy, en la misa a la que nos ha llevado.

No es, o no ha sido, por lo que sé, un hombre devoto. Pero estamos aquí por otros motivos: para que él pueda presentarnos a sus clientes, sus vecinos, sus amigos. Para que nos den la bienvenida.

16 Las señoras, sobre todo, nos rodean en el atrio, como si fuéramos novias a destiempo, vestidas de negro. Alguna estira la mano para acariciar la cara de Isolina. “Qué bonitas son”, le dicen al tío, “lo felicito”. “Una gran compañía ahora que la pobre Consuelo...”. “Pobrecitas”, susurra otra. “Tan chicas y ya sin padres”. “Y lo que habrán pasado, allá, en la guerra”.

La gran muñeca de Nuestra Señora del Rosario, patrona de la ciudad, me recuerda a mi madre y a mi abuela, que rezaban el rosario en los atardeceres. Pedían por el retorno de los que nunca volvieron: Juan y sus hermanos. Manuel, mi padre. Rogaban con pena y con angustia, como si ya hubieran perdido la partida y diesen por descontada la inutilidad de la súplica.

Quizá por eso no las escucharía esta Virgen de túnica rosada y manto celeste: fuertes colores pastel, casi chillones. No es la Dolorosa de manto negro, con sus lágrimas de sangre y el corazón atravesado por los siete puñales. Es la Reina del Mundo, con su alta coronita de oro, que les muestra a todos su Niño nuevo, casi desnudo, vivo.

Por la tarde, trabajamos con nuestros baúles. Tenemos buena ropa, porque nuestra madre fue la mejor costurera y labradora de encajes de Fisterra. Traemos para mi tío los más bellos manteles de la *Casa das Ánimas*, de lino

bordado primero por mi abuela y luego por ella: *a nosa nai*, Magdalena. La que sobrevivió a los tres hermanos varones que se llevó la guerra y cuidó a la madre de todos. La hija que fue madre de su madre. Una lágrima cae, sin ruido, por la mejilla derecha de mi tío no bien reconoce la mantelería y el encaje de bolillos que nos dieron de comer cuando ya no quedaba nadie para labrar las fincas y las remesas de América no habían empezado a llegar.

También, en los baúles, están los libros.

El tío Juan levanta varios, los sopesa con cariñoso cuidado. Algunos están escritos en *galego*, como los de Pondal o Rosalía de Castro. En ellos sobrevive nuestro padre: los puros huesos que nos quedan de él.

Hay otros de historia, de geografía, de gramática, de contabilidad, en los que yo misma estudié. Los hay de política y de filosofía y de literatos que no pueden leerse hoy en España. Los dos sabemos que algunos de esos libros, llamativos, peligrosos como señales rojas, empujaron a la cárcel a papá, el maestro. Como al otro preso, también muerto, que forma parte de esa pequeña biblioteca: el poeta Miguel Hernández.

—Tu hermana irá a la escuela cuando empiecen las clases. ¿Y tú que vas a hacer?

—Lo que usted necesite.

—Pues una ayudante de contaduría, que saque la diaria, escriba con buena letra y atienda la caja. ¿Te conviene el puesto?

Nos damos la mano, para sellar el pacto.

Quiero dormir. Llevo puesto el último camisón que mi madre cosió y cortó para mí. Isolina descansa desde hace rato. Ni siquiera ha llegado a desvestirse. Tuve que descalzarla, quitarle las medias, taparla apenas con la colcha liviana del verano.

18 Ella siempre puede dormir. Pero yo no. Apenas cierre los ojos, aparecerán los sueños que me aterran. *Detrás de mí, todavía lejanos, se oyen los gritos de los hombres que me cazan. Levanto la mano húmeda, la miro a la luz turbia de la luna, la huelo, la pruebo con la punta de mi lengua seca de terror. Y caeré a pesar de mí, dejando un rastro húmedo y oscuro en la profundidad del bosque.*

¿Cuántos años tiene mi tío? Peina muchas canas, pero no puede ser tan viejo. Lleva algunas marcas que no se le veían en las fotos. Una cicatriz en la mejilla izquierda, que se le enrojece con las emociones, sobre todo bajo la ira. Una renquera leve en la pierna del mismo lado, más notoria cuando se apresura desde al almacén hasta la calle para recibir los camiones que traen las mercancías.

19

Apenas ha de pasar el medio siglo. Los hombres que viajan, sobre todo los hombres que se fueron de la tierra que los crió, ¿envejecen menos o más? “El tiempo corre feroz para los que marchan camino al Sur”, decía la abuela. “El sol de América los cuece y los quema. Si no se les nota por fuera, se arrebatan por dentro. El corazón les queda consumido y arrugado como una pasa”.

Yo creo que es otra cosa. Que viven en dos tiempos. Uno es el de América, el lugar a donde llegaron arrastrados por el viento y se posaron, ligeros como los vilanos de las flores de cardo. Se enredaron en los pastos, desmadejándose poco a poco, perdiendo pelos, fibras, cuerpo, borrándose en la llanura. El otro es un tiempo que no

transcurre, inmóvil y circular, al que siempre se vuelve, hecho de lugares indestructibles, de caras que nunca se ajan. En ese otro tiempo de mi tío Juan, el viejo Meirelles tiene apenas cuarenta años y sus fincas están labradas y nadie le ha quemado el brocal para que de allí saliera el soldadito rojo escondido, el maquis republicano, como una rata de su madriguera. O para que se incendiase vivo dentro de ella mientras se oían los alaridos por todo el monte. En ese tiempo mi madre aún es una niña de trenzas claras, de la edad de Isolina, y a mí todavía me falta tanto para nacer.